

Índice

Abreviaturas bibliográficas	7
Lista de imágenes.	9
Agradecimientos y notas sobre los capítulos.	13
Biopolítica colonial	17
1. ¿Bio-qué?	20
2. Población y trabajo-vivo	22
3. Disciplina, soberanía y gubernamentalidad.	30
4. Biopoder o la articulación anatomo-biopolítica	37
5. El paradigma biopolítico.	39
Capítulo I: Metal, vida y ley	65
1. La fiebre aurífera	66
2. La <i>repartija</i> encomendera	82
3. Crisis de la remesa.	107
4. Hecatombe demográfica o “la vendimia de la pestilencia vastativa”	117
5. Los <i>remiendos</i> de Burgos.	138
6. La <i>pietosa crudeltá</i> y el desafío biopolítico.	157
Capítulo II: Reforma agraria y minera	163
1. La reforma del <i>repartimiento en encomienda</i>	166
2. La modernidad agromestiza	172
3. Pneumopolítica y evangelización	177
4. El infierno de las minas	181
Capítulo III: <i>Hacer trabajar</i> . Paradojas necropolíticas	191
1. El modelo reproductivo de la vida	193
2. “¡Que coman los indios!”. Vida, sustento y trabajo	199

3. <i>Secuestro salvífico</i> . Desplazados, refugiados y salvajes	205
4. El remedio más amargo. La esclavitud en favor de los indios	213
Capítulo IV: El Hospital del Rey (1516) y el problema colonial de la salud	
1. El rey médico y la soberanía sanitaria.	224
2. Precariedad hospitalaria y tradición caritativa.	228
3. El hospital cruciforme	238
4. El Hospital del Rey y la salud indígena.	250
Capítulo V: La reforma y el debate de la vida (1517-1518). Libertad, trabajo y colonialismo	
1. Reforma cisnerolascasiana.	274
2. El gobierno inane. Los jerónimos y la realidad	286
3. Debate de la reforma. Vericuetos de una biopolítica reaccionaria	307
4. La vecindad encomendera.	319
5. Reformar y poblar. Las excepciones al <i>hacer vivir</i>	323
6. El <i>parecer</i> de los indios.	338
Capítulo VI: La pacificación “pacífica”. Tierra firme, colonización y desastre.	
1. La prosperidad de papel (1518)	359
2. Olvidar las islas y empezar de nuevo (1519).	367
3. Los <i>riquísimos ostiales</i>	373
4. Pactos fáusticos para Tierra Firme	383
5. Los remedios a lo irremediable, o donde van a morir las utopías	392
Bibliografía	401
Índice analítico.	423

Biopolítica colonial

Desde antes de tomar la primera bocanada de aire, la muerte y la enfermedad transitan por nuestras venas; nadie nos puede sustraer de su sino, que a todos nos alcanza íntimamente y que nos constituye como seres enfrentados a la degradación y al fin. Trabajamos, amamos, escribimos y pensamos en declive y frente a la muerte, como quien arroja “piedrecillas al cielo”, en una terca afirmación vital. Pero la vida y la muerte, la salud y la enfermedad tienen otra dimensión, abstracta y política, en la que no hay sujetos ni nadie propiamente dicho; en la que ningún individuo vive ni muere su vida ni su muerte; en la que nadie enferma ni sana. Se trata de un plano abstracto, y que no por ello tiene menos incidencia en el mundo; un plano en el que las pérdidas y ganancias de la salud y la enfermedad, de la vida y la muerte no se predicán de sujetos, sino de sistemas.

La vida y la salud de la población son, en la modernidad, preocupaciones políticas, asuntos de Estado. La vida es objeto de la economía política y por lo tanto, campo de intervenciones, cálculos, mediciones y gestiones gubernativas. Incluso cuando el Estado abandona ciertas poblaciones en manos de la enfermedad y de la muerte, lo hace como resultado de un cálculo de rentabilidades, gastos y pérdidas. Y es que de la vida y la salud de la población depende el trabajo y la producción y, en últimas, hasta el Estado mismo.

En su lección del 17 de marzo de 1976, Michel Foucault se refirió a esta injerencia moderna del Estado en la vida como “una toma de poder sobre el hombre en tanto ser viviente” y “una *suerte de estatalización de lo biológico*” en las cuales emerge el poder político de “hacer vivir” (“Del poder de soberanía” 193, 194). Y en *Historia de la sexualidad 1. La voluntad del saber*, reitera que

la biopolítica operaría como una tecnología de gobierno *inclusiva de la vida* que la convierte en campo de acción política: “Habría que hablar de ‘biopolítica’ [precisamente] para designar *lo que hace* entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos [de gobierno] y convierte al poder-saber en un agente de transformación de la vida humana” (1: 133; énfasis nuestro).¹

Hoy el Estado neoliberal abandona el cuidado de la vida y avanza la concepción de la salud como un asunto de la esfera privada y como otro modo de producir rentabilidad y ganancias; la salud se convierte de este modo en una inversión privada, un bien en el mercado, y deja de ser considerada como un servicio público o un derecho humano. En otras palabras, el Estado hoy responde cínicamente al reclamo lascasiano de que el soberano se ocupe de la salud y de la vida, expresando su desinterés político/público y abandonando ambas al interés privado.

La emergencia de la biopolítica se asocia normalmente a los siglos XVIII y XIX, a la Ilustración, a la consolidación del capitalismo industrial y al imperativo económico de la reproducción del trabajo. Sin embargo, la razón biopolítica asoma ya en los albores coloniales de la modernidad en el siglo XVI y es inseparable de un humanitarismo cristiano que, en la coyuntura de la expansión colonial y en aras de la salud del reino, imaginó campos de vida en medio del imperio de la muerte.

Creemos que la Conquista no fue simplemente un movimiento expansivo de reterritorialización que puso bajo la soberanía de la Corona española vastas tierras y numerosos pueblos, sino sobre todo una masiva instrumentalización de la vida de los otros. Los análisis biopolíticos —de corte eurocéntrico— generalmente han ignorado las experiencias específicas de dominación y gobierno colonial de la vida que siguieron al “descubrimiento” de América, cuando numerosísimos grupos humanos fueron subyugados, vistos y gobernados como *rebaños humanos*, sometidos a procesos de conversión, trasladados de una zona a otra, de un continente a otro, de una isla a otra, racializados, reducidos y confinados para su mejor gobierno y explotación, y sus vidas fueron consideradas en cálculos

1 A menos que se indique lo contrario, todos los énfasis en las citas son nuestros (cursivas).

demográficos, políticos y económicos. Para la administración de estas heterogéneas poblaciones se desplegaron diversos modelos de gubernamentalidad e ingentes formas de evaluación, medida, administración y control militar, laboral, religioso y jurídico. Entre estos despliegues para el manejo de la vida podemos mencionar el repartimiento en encomienda, la mita, la hacienda, el ingenio, la misión, las reducciones y pueblos de indios, y otras muchas formas de organización, regulación, explotación y gobierno de la vida. Estos diseños no fueron precursores de la biopolítica, sino plenamente biopolíticos. Dicho de otra manera, mediante diferentes diseños de gestión y gobierno de la población indígena y africana y de la explotación de sus cuerpos, el colonialismo en América constituyó el primer y, tal vez, el mayor despliegue biopolítico de la modernidad.

Este libro trata de los comienzos de la conquista y colonización de las Indias,² de la emergencia del pensamiento biopolítico colonial y de una serie de proyectos tempranos de Bartolomé de las Casas, uno de los más importantes historiadores, escritores y pensadores del siglo xvi. Debemos advertir que el Las Casas al que nos referimos aquí no era aún el fraile ni el pensador erasmista de *De unico vocationis modo*, ni el teólogo polemista del debate de Valladolid, ni el *advocatus* de la *Brevisima relación de la destrucción de las Indias* (1552), ni tampoco el sesudo autor de los ocho *Tratados*. Es un Las Casas tempranísimo que quiere modificar la historia en marcha, confiado en el poder del discurso, en la *justicia de Dios en la tierra* y en la inteligencia del poder, sin la perspectiva ni el lúcido desencanto que leemos en su monumental *Historia de las Indias*. Este es un Las Casas que acababa de dejar su encomienda y que aspiraba a educar al príncipe y reformar el más violento y mortífero colonialismo proponiendo alternativas a los procesos de instrumentalización y agotamiento de la vida que marcaron las primeras tres décadas de la conquista y colonización española de las Indias.

2 Desde comienzos del siglo xvi, las Indias son entendidas como una serie de islas y territorios sobre los cuales se había extendido a la fuerza la soberanía de la Corona española, e incluían las Antillas Mayores y parte de la costa atlántica de Tierra Firme. El dominio ultramarino tiene su primer centro en La Española y de allí alcanza otras islas y varios territorios y pueblos del continente (las costas de Panamá, Colombia y Venezuela; y luego, Yucatán y México).

1. ¿Bio-qué?

Biopolítica es un término cuya extrañeza y dificultades no se han resuelto aún después de más de cinco décadas de circulación académica, luego de que Michel Foucault lo propusiera a mediados de los setenta;³ primero, al hablar del nacimiento de la medicina social (contrapuesta a la medicina individual); luego, del modelo jurídico del *poder soberano* punitivo al cual se contrapondría el biopolítico; y más tarde, al volver sobre las formas no individualizantes ni disciplinarias en las que el poder se relaciona con la vida.⁴ Hemos escogido una aproximación foucaultiana por su referencialidad histórica (que discutimos, pero que encontramos enriquecedora); por su lucidez filosófica (que intenta pensar el poder sobre la vida en sus dimensiones individualizantes-concretas y globales-abstractas), y porque su conceptualización de la biopolítica es inseparable de la modernidad (que nosotros leemos como modernidad colonial). Foucault pudo haber llamado a esta intersección conceptual algo así como “políticas globales sobre la vida” o “intervenciones gubernativas de lo biológico-social”; sintagmas que, aunque ciertamente menos sintéticos, expresan el tema central de la biopolítica foucaultiana: las mediciones, cálculos y gestiones gubernativas de la vida de la población, en cuanto factor fundamental de la economía política.

Parte de las dificultades del giro biopolítico resultan del hecho de que el término combina dos conceptos muy complejos —vida

3 Foucault no fue el primero que usó el neologismo *biopolítica*; Roberto Esposito rastreó algunas de esas ocurrencias, relativamente disímiles que, sin embargo, nos parece que no iluminan el poder gubernativo de “hacer vivir y dejar morir”. Según Esposito, el término *biopolítica* fue acuñado por el sueco Rudolf Kjellén (1916) y usado por varios ensayistas alemanes como Karl Binding (1920), Eberhard Dennert (1922) y Eduard Hahn (1926), quienes propusieron una visión organicista y vitalista del Estado que más tarde fue empleada por el nacionalsocialismo alemán (*Bíos* 27-28). Esposito también rastrea el uso del término en Aron Starobinsky (1960)—quien sostiene que “la biopolítica es un intento de explicar la historia de la civilización sobre la base de las leyes de la vida celular y de la vida biológica más elemental”— y en un grupo de politólogos norteamericanos de los setenta y ochenta que insisten que la naturaleza es el “parámetro privilegiado de la determinación política” (35-40).

4 Nos referimos a “El nacimiento de la medicina social” (1974), “Del poder de soberanía al poder sobre la vida” (en *Il faut défendre la société*, 1976) y “Derecho de muerte y poder sobre la vida” (en *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*, 1976).

y política— que son objeto de diversos campos del saber (desde la filosofía, la teología, la economía y el derecho hasta la biología, la antropología, la sociología y la medicina). Además, las nociones de la *vida* biológica son múltiples y no coincidentes, y la de *política* ofrece aún mayor heterogeneidad semántica. Foucault indicaba, respecto de lo primero, que “la noción de vida no es un concepto científico, sino un indicador epistemológico que permite la clasificación y la diferenciación; sus funciones ejercen un efecto sobre las discusiones científicas, pero no sobre su objeto” (en Esposito, *Bíos* 50). La *vida* de la biopolítica parecería por momentos un fenómeno independiente sobre el cual se volcaría el poder político, lo cual es equívoco. Debe resistirse la división esencialista entre *vida* y *política*.⁵ Para Foucault —como observa Roberto Esposito— vida y política están ya en una relación dialéctica que no admite que un término determine al otro; la vida y la política son dos ámbitos que no se pueden pensar por separado, ya que están completamente entrelazados: “La vida en cuanto tal no pertenece ni al orden de la naturaleza ni al de la historia —no se la puede ontologizar simplemente, ni historizar por entero—, sino que se inscribe en el margen móvil de su cruce y de su tensión” (*Bíos* 25, 50-54). Según Giorgio Agamben —quien distingue entre *bíos* (vida calificada políticamente) y *zōē* (simple vida biológica)—, cuando la filosofía o el pensamiento se ocupan de la vida, esta es ya una vida en relación con el poder, con la ley y con la *polis*; en otras palabras, cuando mentamos la biopolítica no hablamos de un fenómeno propiamente moderno sino tan antiguo como las sociedades humanas.⁶

5 Matías Sabel, siguiendo a Esposito, indica que “la vida no puede considerarse un sustrato natural de la acción humana”, sino “una producción histórica” producto cambiante de los “aparatos de poder y conocimiento que abarcan prácticas y discursos”, si bien “la decisión política sobre qué vida debe ser protegida y cuál debe ser cegada siempre ha estado en juego en todas las sociedades” (“Biopolitics” 111-12; traducción nuestra). En el mismo sentido, véase Ignacio Mendiola (7-29).

6 Según Agamben, “los griegos no tenían un solo término para expresar lo que entendemos por ‘vida’. Utilizaban dos que, aunque rastreables a una raíz etimológica común, son semántica y morfológicamente diferentes: *zōē*, que expresaba el mero hecho de vivir común a todos los seres vivos (animales, hombres o dioses), y *bíos*, que indicaba la forma o modo de vida propio de un individuo o de un grupo [...]. En el mundo clásico, sin embargo, la vida natural simple está excluida de la polis en el sentido estricto y permanece confinada —como mera vida reproductiva— a la esfera

Ahora bien, la distinción entre la vida políticamente calificada y la meramente biológica apenas si contribuye al entendimiento de la biopolítica foucaultiana, la cual no se ocupa del *zōē* sino del bios, como anota Esposito (*Bíos* 48-49). Según Foucault:

Si la cuestión del hombre fue planteada —en su especificidad de ser viviente y en su especificidad en relación con los seres vivientes—, debe buscarse la razón [de la biopolítica] en el nuevo modo de relación entre la historia y la vida: en esa doble posición de la vida que la pone en el exterior de la historia como su entorno biológico y, a la vez, en el interior de la historicidad humana, penetrada por sus técnicas de saber y de poder. (*Historia de la sexualidad* 173-74)

Como bien indican Esposito y Thomas Lemke, la biopolítica no es una teoría de la vida como base de la política (política de la vida) ni de la vida como objeto de la política (política sobre la vida); en el pensamiento *propriamente biopolítico* —á la Foucault—, política y vida están imbricadas histórica y filosóficamente (Esposito, *Bíos* 48; Lemke 4-9). Por un lado, el poder político es siempre poder sobre la vida: todas las prácticas políticas de gobierno e insubordinación tienen como objetivo una vida calificada políticamente; y por otro, la vida se enreda y enfrenta con el poder que intenta regirla y controlarla: la vida calificada coacciona el poder, como cuando un fenómeno de despoblación pone en juego la supervivencia del Estado y obliga a que este se ocupe, intervenga y promueva la natalidad. En otras palabras, la biopolítica opera como un despliegue del poder sobre la vida (*bios*) y también como una irrupción de la vida en la política. Poder y vida, vida y poder, están trabados dialécticamente en la biopolítica.

2. Población y trabajo-vivo

Es importante insistir en que “la biopolítica trabaja con la población. Más precisamente: con la población como problema bioló-

del *oikos*, ‘hogar’” (*Homo Sacer* 4; traducción nuestra). Jacques Derrida cuestiona el fundamento filológico de esas distinciones supuestamente aristotélicas y se pregunta por la distinción, si la hay, entre vida y muerte (*The Beast* 1: 315-30). Siendo esta distinción profundamente indeterminada e indeterminable, y siendo la muerte parte de la vida, la distinción entre *bios* y *zōē* colapsa por su formulación dicotómica.